

Discurso pronunciado en Córdoba en el Jubileo del Prof. Adolfo van Gelderen

MAYO 14 DE 1913

Señor Gobernador:

Querido Maestro:

Señores:

El acto que celebramos puede considerarse bajo dos aspectos: es el jubileo de Adolfo van Gelderen, educador excepcional que después de 60 años de labor, continúa en la brecha á los 80 de edad, con energías de hombre apenas maduro y es un homenaje á la entidad abstracta «el maestro» dignamente personificada en van Gelderen. En este doble propósito hemos coincidido desde el primer momento con el señor presidente del Consejo, doctor Cortés Fúnes, feliz iniciador de esta manifestación.

Si se tratase de un hombre político con unos cuantos años de actuación más ó menos útil ó de un militar más ó menos afortunado, todos conocerían siquiera su nombre; pero se trata de un educador de no sé cuantas generaciones, que apenas tiene más de medio siglo de servicios á la educación del país. Naturalmente, entonces, solo saben quién fué, cierto número de colegas y le recuerdan algunos de sus millares de discípulos.

El 15 de Abril de 1853, cuando no había cumplido aun los 20 años daba van Gelderen su primera conferencia sobre educación en Lima, donde tuvo un número de alumnos que figuraron después en el foro, en la política y en el ejército.

Más tarde, derrocado el presidente, general don José Rufino de Echenique, su amigo particular, y por serle perjudicial el clima, abandonó la capital de Perú.

Hallándose en Sucre, fué nombrado espontáneamente profesor de la Universidad y de los dos colegios que de ella dependían.

Vino después á la Argentina ejerciendo el profesorado en Tucumán en el Colegio de la Merced, preparatorio oficial, no habiendo entonces colegios nacionales entre nosotros.

Dirigía ese colegio el doctor José María Rojas. Enseñó allí latín, inglés, matemática, contabilidad. Los Terán, Posse, Talavera y

otros muchos, deben recordar al viejo maestro. Llegado aquí á Córdoba, donde contrajo matrimonio, ejerció el profesorado particular de idioma y contabilidad.

Estamos en 1860. En este año ya en Buenos Aires, después de un examen de maestro superior rendido ante Sarmiento, entonces director del Departamento de Escuelas, Zinny, Sastre, Barros y otros, pidióle Sarmiento que mientras pudiese darle una de las escuelas modelo, se hiciera cargo de la central de San Fernando que él había mandado construir, é implantase allí el Sistema Lancasteriano, ya que la falta de recursos no permitía aumentar los maestros. En esa escuela se enseñaron por primera vez en las tardes, por van Gelderen, francés, inglés, alemán, latín.

Instado por Marcos Sastre, que fué director después de Sarmiento, se trasladó, 2 años más tarde, á Dolores, cuya municipalidad le ofreció una subvención á fin de que implantara allí su sistema de enseñanza. Fundó entonces el gran Colegio del Sud, en el que se prepararon también para ingresar á la Universidad multitud de jóvenes. Escasos de recursos y á fin de hacer posible la permanencia de van Gelderen, le sorprendieron con el nombramiento de defensor de pobres ante el juzgado del crimen. Cuando se ausentó de Dolores, lo más selecto de la población siguió la galera en que iba con su familia hasta la primera posta, despidiendo al maestro con una ovación.

Vuelto á la capital, reorganizó el Colegio Buenos Aires que alcanzó gran reputación.

Expresamente solicitado pasó al Paraná, como rector del colegio nacionalizado.

La muerte de Urquiza y la revolución de López Jordán le reintegraba á Buenos Aires donde en 1871 rindió en la Universidad un largo examen para obtener los títulos de traductor público y profesor de enseñanza secundaria con especialidad en idiomas, título ratificado por el gobierno nacional.

En 1874 el gobierno de la provincia, por intermedio del doctor Eduardo Basavilbaso, confióle la organización y dirección de la Escuela Normal de Maestros, después Nacional de Profesores, siempre bajo su dirección hasta 1889.

Entre 1876 y 1906, fué profesor de francés, inglés y alemán de los colegios nacionales de Buenos Aires y La Plata, vocal del primer Consejo de Educación Nacional presidido por Sarmiento. Fué también profesor del Instituto Nacional que en Buenos Aires fundaron y dirigieron dos de sus discípulos de la Escuela Normal. Por fin necesitando un clima más benéfico para conservar su salud resentida, volvió á Córdoba y aquí está hace ya 4 años en servicio activo y no dispuesto á entregarse todavía como lo veis. El P. E. de esta provincia acaba de adherirse á este homenaje en forma que honra á uno y otro, reeligiéndolo como vocal del consejo por segunda vez. Acaso fuera oportuno, si las leyes lo permitiesen, consagrarlo consejero vitalicio.

Entre sus publicaciones recordaré su Cartilla normal y Carteles para la enseñanza de la lectura, escritura y lenguaje simultáneos,

obra que importaba una innovación y un progreso en la enseñanza de esa rama fundamental; Elementos de historia natural ó sea explicación de los mapas Murales de Johnston y Scheiber; estos últimos arreglados por van Gelderen al español; Lecciones de pedagogía; Nuevo método para aprender francés y Nuevo método para aprender alemán.

Fundó y dirigió la Enciclopedia Escolar Argentina, Revista de Enseñanza General y de propaganda pedagógica y por medio de la cual se estimulaba la producción de los alumnos normales también, cuyos trabajos elegidos publicaba. Y ahora mismo tiene en prensa una tercera edición de sus Lecciones de pedagogía revisadas y ampliadas con un resumen de la Historia de la pedagogía entre los antiguos.

Ha donado generosamente esta obra al Consejo que la edita para distribuirla entre los maestros de sus escuelas.

El que recorra su tratado de pedagogía, hallará que á pesar de los casi cuarenta años transcurridos, palpita en sus páginas el espíritu que hoy mismo anhelamos para toda la enseñanza y los consejos prácticos que contiene son los mismos que hoy debieran orientar la tarea de la escuela primaria. Importa decir que la obra de van Gelderen, autor y profesor de pedagogía, guarda perfecto acuerdo con la obra de van Gelderen director de la Escuela Normal, explicándose así el éxito de ese Instituto durante su gobierno. Y es que no sólo tenía la preparación que dan los libros. Tenía 20 años de experiencia anterior y tenía el poder de inspirar por sugestión, por sólo acto de presencia, á veces, el sentimiento, la convicción, la actitud que deseaba transmitir.

Desde su figura exterior severa y digna siempre y— conviene decirlo —elegante, que enseñaba con el ejemplo la corrección y el buen gusto físico con su natural repercusión en el pensar y en el sentir, hasta sus menores palabras, su tono y la expresión típica de su mirada que parece penetrar hasta el fondo del alma del que le escucha, todo inspiraba respeto al alumno maestro y un como temor de incurrir en su desagrado.

Era intransigente con las faltas de aplicación y conducta, sobre todo con la pereza y la mentira, porque no olvidaba un momento que estaba formando educadores. Y hasta los que alguna vez creyeron excesiva su severidad han debido reconocer más tarde que ella era la aplicación concreta de la máxima antigua que en sus clases teóricas comentaba: «el que no corrige á sus hijos severamente es que no los ama de veras». Pero no dejaba de averiguar las verdaderas causas fisiológicas ó morales, ajenas á la voluntad del niño, que pudieran determinar las faltas, para no incurrir en injusticia al corregirlas.

Podría referiros muchos rasgos y anécdotas suyas, probatorias de que su gravedad exterior no estaba reñida con la ternura de sentimientos, el espíritu de justicia y la afabilidad de que no debe carecer el verdadero educador y que, por lo tanto, él poseía en alto grado. También podría mostraros que muchas doctrinas y procedimientos pedagógicas que hoy se presentan como nuevas, fueron

ya puestas en práctica por van Gelderen. Pero no tengo derecho de ocupar mucho tiempo vuestra atención. La anterior escueta enumeración de sus servicios públicos, sobra para justificar el homenaje que le tributamos.

Dejadme, sin embargo, agregar que los maestros y los profesores formados por van Gelderen, egresaron con un concepto de su misión profesional y de los deberes que impone, nunca superado por las generaciones posteriores de maestros. Y hasta ciertos rasgos de ligero quijotismo con que los lanzara á la lucha, medio convencidos de que iban á ser puntales importantes de la regeneración social, resultaban beneficiosos. Con este impulso entraban sus discípulos animosos á la tarea que les había pintado penosa y llena á la vez de satisfacciones; y como no había olvidado de convencerlos que era necesario seguir estudiando siempre y que siempre debían buscar el contacto de algún hombre superior como antídoto contra la pedantería clásica del pedagogo, esos nuevos «apóstoles» no se envanecían demasiado con el título, conservando la necesaria modestia junto con la altivez y el empuje que ayudan á triunfar.

Y esa fué la obra mejor de este hombre no bastante conocido porque también en eso fué consecuente, enseñando con el ejemplo la modestia que predicaba.

Dije al comenzar que hemos querido en van Gelderen, que tan dignamente personifica al educador de vocación y perseverancia ejemplar, honrar la entidad del maestro, porque entendemos responder así á una necesidad imperiosa del momento presente, sentida cada día más por los que van viendo claro que en la instrucción popular reside el secreto del progreso. Aparece trivial repetir una cosa que tanto se ha dicho en todas partes y continuamente. Más trivial parecería recordar que sobre todo en las democracias es aquella la condición primera. No obstante, habrá que insistir mucho tiempo aun, antes que ello sea convicción sincera y plena capaz de transformarse en acción que realice lo que es todavía un deseo; la extinción completa del analfabetismo, representado entre nosotros por una cifra abrumadora. Cifra más abrumadora de lo que generalmente se cree, si se considera que no basta enseñar á leer y escribir mecánicamente. Ello, en rigor, puede ser hasta perjudicial si no se dan, á la vez, un minimum de cultura intelectual que importe saber pensar rectamente; una educación moral traducida en conciencia del deber y en sanos hábitos adquiridos; un desarrollo físico y costumbres higiénicas suficientes para garantir la salud, todo ello coronado por la posesión de algunas aptitudes prácticas para el trabajo capaces de asegurar á cada uno su parte de bienestar evitando que se convierta en obstáculo para el bienestar social. De lo contrario, sería el caso de repetir la cita que era grata al profesor de pedagogía que hoy festejamos, cuando en sus clases reproducía las palabras del barón De Gerando: «¿De qué servirá al niño aprender á leer, si bien pronto va á preferir los libros solamente aptos para corromperle?»

El gran problema no queda bien resuelto por el solo hecho de aumentar el número de escuelas ni estimulando con igual fin la enseñanza libre.

¿Qué sucederá en la práctica, decía hace ya casi 40 años el director de la escuela normal de Buenos Aires, en sus Lecciones de Pedagogía? Y contestaba: «Que el que quiere enseña lo que quiere y como lo quiere ó como lo puede; que hay falta de método, falta de unidad en la enseñanza pública primaria, cuyo progreso no está, por lo tanto, en relación con el que ha hecho el país en general desde quince ó veinte años atrás...» Y condenaba en seguida en proposiciones precisas la fórmula de la escuela, en completa armonía con lo que expresamos más arriba.

Y bien; si á la luz de esa fórmula que van Gelderen propagaba ya en 1875, examináramos lo que todavía ocurre en la práctica, qué desencanto experimentaríamos!...

¿Por qué esta discordancia entre el objetivo señalado á la escuela y los resultados que produce?

¿Por qué este clamor universal de reforma en ninguna parte satisfecha?

Porque hemos procedido sin mayor conocimiento de la psicología infantil, por una parte. Segundo, porque los conceptos que han guiado la dirección de los estudios han surgido más de las especulaciones técnicas, á menudo tornadizas ó influenciadas por «lo que siempre se ha hecho» que de la observación atenta de la realidad presente. Si esta observación se hubiese producido libre de prejuicios, ella nos hubiera revelado las necesidades á cuya satisfacción debe tender la escuela, mucho mejor que la comparación de los planes y programas usados en distintas partes del mundo, hijos todos, en fin, de la misma tradición ó rutina, que no alcanzaron á quebrar más que en los libros las concepciones de los grandes filósofos y pedagogos modernos.

Desconocida, pues, en el hecho por la clase gobernante, toda la magnitud y trascendencia de la obra, que puede realizar la escuela, á pesar de simularse lo contrario en discursos y programas de gobierno; más desconocida, lógicamente, por el pueblo ineducado, mal podía esperarse que en relación con la importancia de aquélla se diese su lugar al factor especial de la obra: el maestro competente, si, en jerarquía, á una autoridad superior inmediata, pero respetado y estimulado en sus legítimas iniciativas.

«Tal autoridad, dice Nussbaum, debe conocer todo el valor de la iniciativa del maestro; es menester que sepa y pueda, ajena á cualquier otra preocupación, alentar objetivamente esta iniciativa, aun cuando debe conciliarla con un plan superior. Para esto se requiere que esa autoridad posea una competencia profesional de la enseñanza, de la ciencia, del arte pedagógico contemporáneo y que sus resoluciones sean en absoluto independientes de toda cuestión de partido. Cuando queremos cruzar el mar, no vamos en busca de nuestro amigo el médico, el sacerdote, el maestro ó el abogado para sentarlo al timón, so pretexto de que no hay en todo el país un hombre más inteligente. Es un piloto lo que requerimos».

Sólo cuando este concepto del gobierno escolar se haga carne en los estadistas dirigentes, dejarán de ser una excepción los educa-

dores, como van Gelderen, que dedican toda su vida á la escuela con amor y competencia y con abstracción de cualquier otra tarea capaz de distraerlos de la que monopoliza su vocación.

Todo el problema escolar reposa en el otro de conseguir el maestro competente y que sintiéndose respetado deveras, trabaje empeñoso y satisfecho sin que la angustia del porvenir amengüe la eficacia de su acción. La fórmula feliz en que el presidente Roca sintetizara en un momento dado una necesidad nacional, cuando exclamó: «Rieles por fusiles», debe hoy completarse: «Rieles y maestros por fusiles».

Soldado, Bandera, Patria! He aquí tres imágenes que se evocan recíprocamente en la conciencia popular. El pueblo que primero consiga incorporar á esa asociación espontánea una cuarta imagen: Maestro, será el más adelantado de la tierra.

Y la fórmula es justa si es cierto que existe hoy otro ejército también digno de la veneración pública. Es el constituido por los educadores desparramados en toda la extensión del país, reunidos en grandes masas en las ciudades ó destacados hasta de á uno, solitarios, allá, en los nuevos fortines alejados, á donde van resueltos, no ya para prevenir las invasiones del salvaje, rechazado como ayer por la bala del rémignton, sino para vencer con armas más generosas y encerrar en sus últimos reductos á un enemigo mayor, el de la ignorancia y de la pereza endémica en nuestras poblaciones del interior y no del todo desalojado aun de las ciudades populosas.

Para ello hay que hacer posible la carrera del maestro. Y así como la patria retribuyó con mano generosa, donando tierras ó asegurando la existencia holgada á los jefes y oficiales que pusieron al alcance de la civilización territorios inmensos, antes en poder del indio, es menester que se haga efectiva esa civilización por el único medio: la escuela; y la escuela no llegará con eficacia completa si los nuevos jefes, oficiales y soldados, ó sea inspectores, directores y maestros, que van á conquistar con el consejo ilustrado, con la dirección certera, con el libro y con el ejemplo de su conducta, no reciben estímulos equivalentes de orden moral y también los necesarios de orden material, como se dieron á los que ayer conquistaban, derramando sangre, las mismas tierras en que el educador va á derramar el saber, la virtud y la salud, realizando la obra incomparable, no de destruir una fuerza que se pedía ó se aplicaba al mal, sino de trasformarla, por la cultura, en factor de felicidad individual y colectiva.

Y cuando esos vencedores vuelvan, agotados por la labor intensa, pero alta la frente, sin una amargura en la conciencia porque no causaron dolor alguno, cuando vuelvan de la noble campaña, que también se arroje flores en su camino y lleguen así al bien ganado retiro entre el aplauso de las multitudes.

Os ha tocado en suerte á vos, querido maestro, ser objeto de una de esas manifestaciones, acaso demasiado modesta para vuestros merecimientos. El placer que experimentamos al tributárosla, no extingue del todo, sin embargo, la pena que origina el pensar

que haya sido menester que llegaseis á los 80 años y que ellos os sorprendieran todavía en la noble brega junto á un discípulo agradecido (1) para que acto tan justiciero se realizase.

Menos mal si ello fuera el principio de una reacción destinada á acentuarse. La ciudad de Córdoba habrá dado así dos veces el bello ejemplo. Ayer en el Congreso Pedagógico Nacional Libre, de diciembre último, al aclamaros su único miembro y presidente honorario; hoy congregando á vuestro alrededor niños, padres de familia, maestros, autoridades y representantes de distintos lugares de la república que vienen á deciros: ¡Salve maestro!...

Yo os traigo el homenaje de todos vuestros alumnos normales y de vuestros colegas; os traigo el de la Escuela Normal de Profesores de Buenos Aires con cuya representación he sido honrado; de esa escuela que bajo la dirección de uno de vuestros mejores discípulos, Alejandro Bergalli, recupera el prestigio que tuviera como resultado de vuestra acción y ejemplo, con la colaboración de profesores que tenían la conciencia plena de su misión especial, las aptitudes y el alma requeridas para ser educador de futuros educadores.

En el recinto de esa escuela hánse dado cita, en este día, profesores, alumnos y exalumnos para celebrar también vuestro jubileo. Acaso en este mismo instante, después de oír la historia de vuestra obra de fundador y director nunca igualado, centenares de niños desfilan ante vuestro retrato cubriéndolo de flores y recibiendo, así, ellos mismos, la lección moral más fecunda del año.

En nombre de vuestros exdiscípulos y de vuestros colegas de magisterio y profesorado recibid este pergamino y esta medalla.

Otra grata comisión debo desempeñar por encargo de vuestros discípulos que graduasteis profesores en 1882 y á cuyo grupo pertenezco.

Os envían un abrazo.

Recibido. Es como el abrazo de los hijos maduros que teniendo conciencia de cuanto deben á su padre excelente, se lo agradecen con toda el alma.

He dicho.

PABLO A. PIZZURNO.

(1) El Doctor Cortés Funes.